

LA SITUACION ARGENTINA: CRISIS Y PERMANENCIA

Luis Gregorich

En la última semana del mes de enero, un hecho trágico conmovió el ambiente editorial y librero de Buenos Aires. Luis Alfonso, propietario o copropietario de la librería "La Ciudad", situada en la sofisticada *Galería del Este*, en el barrio de Retiro, se había suicidado arrojándose al vacío desde el balcón de su departamento. Recientemente Alfonso se había dedicado a la edición con el sello de su librería, consagrándose, sobre todo, a lo que suele llamarse "libro-objeto", es decir, obras lujosamente impresas y encuadradas cuyos precios — en el caso de las Ediciones La Ciudad — resultaban altos pero no inaccesibles.

A favor del rumor de que la muerte de Alfonso estaba asociada con sus crecientes dificultades económicas y financieras — penuria común a casi todos los editores argentinos —, alguna voz sugirió que en esta desaparición debía verse una suerte de símbolo doloroso de lo que aguardaba a la industria nacional en esta rama de su actividad.

Por cierto, no se trata ahora de invadir, irrespetuosamente, el íntimo misterio que siempre encubre una decisión como la tomada por Alfonso. La nota que sigue desea, más bien, examinar una serie de temas y preguntas conexos. ¿Cuál es el estado actual, material e intelectual, de la industria editorial argentina? ¿Es cierto que se halla próxima al desastre, o más bien atraviesa una crisis coyuntural? ¿De qué manera inciden en ella los lineamientos de la política económica y cultural del gobierno militar? ¿Cuál es la responsabilidad de los propios editores en su decadencia? Y finalmente, ¿cómo se articula en este contexto la circulación de la literatura argentina, la producción de obras literarias, la repercusión social y la difusión — masiva o restringida — de estos textos? La empresa es quizá demasiado ambiciosa, pero vale la pena empezar a intentarla.

Un futuro incierto

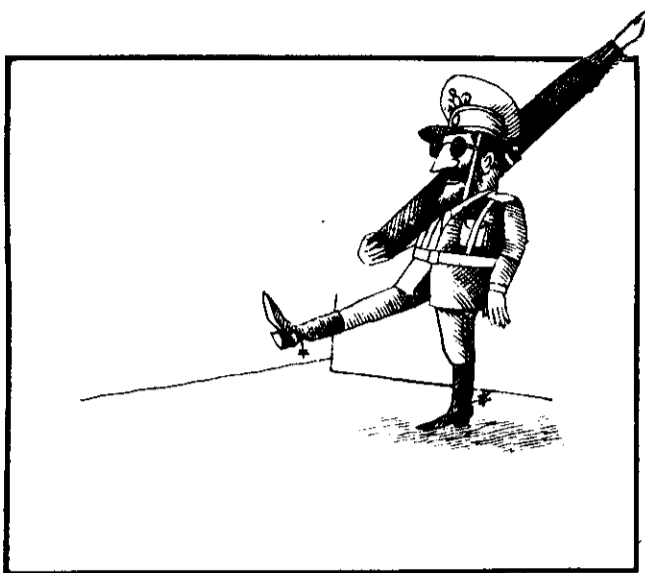
Aunque las librerías de Buenos Aires sigan abiertas y colmadas de libros, aunque las novedades editoriales se sucedan incluso en estos perezosos meses de verano, sería inútil negar que la industria editorial nacional atraviesa su momento más delicado en el último medio siglo. Y no se trata, tanto, de un problema del más estricto presente (si bien hoy ya los tropiezos y los sinsabores son innumerables), como de una cuestión de futuro, que se presenta extremadamente arduo, salvo un vuelco dramático de la situación.

El atraso cambiario argentino (encarecimiento del peso y abaratamiento del dólar), unido a una política casi indiscriminada de apertura y liberalismo económico, va dejando inermes a los editores nacionales frente a los libros extranjeros, en especial los procedentes de España. Una recorrida por las librerías permite verificar la competencia cada vez más desigual que sostienen las ediciones españolas, tanto las más económicas como las de lujo, con sus similares argentinas, peor impresas y presentadas, y prácticamente sin diferencias de precio. Es cierto que la mediocre calidad física de la mayoría de los libros argentinos se debe, también, a la falta de equipamiento y al atraso tecnológico de las plantas impresoras; pero debe admitirse que los márgenes de ganancia y los estímulos que recibió esta actividad durante las últimas décadas fueron, en general, muy insuficientes como para contribuir a su modernización.

No es que las editoriales argentinas no sigan publicando libros. Lo siguen haciendo, y en buen número. Pero el alto riesgo de la actividad y la insostenible competencia española las empuja inexorablemente a las ediciones crudamente comerciales, a las inversiones recuperables en forma inmediata, a la renuncia de todo plan a largo plazo. Una novela de consumo con éxito asegurado, un tomo de memorias de un actor famoso, un manual de meditación trascendental escrito por un santón, un libro que enseñe a adelgazar comiendo, son los únicos títulos que tranquilizan los nervios de los editores, muy alterados por los balances en rojo.

Aunque la industria editorial argentina tenga más de un siglo de existencia, su verdadero periodo de madurez y consolidación data, como se sabe, de la década de 1940. Por esos años, gracias a la presencia de un grupo de editores españoles llegados al país tras la guerra civil, y la sólida situación económica derivada de los excedentes exportables en la contienda mundial, se alcanzó un lugar preponderante en los países de habla hispana. La presencia argentina, por primera vez, se hizo sentir, no sólo a través de la difusión de los libros de sus propios autores, sino también mediante la traducción de la literatura y las ciencias sociales escritas originalmente en otros idiomas, que así irradiaron desde Buenos Aires, convertido en centro "retransmisor" del mundo de lengua española, hacia otras latitudes. Desde las ediciones de *Sur* Victoria Ocampo hizo traducir a Aldous Huxley, André Malraux y William Faulkner; *Santiago Rueda* por su parte, fue el responsable de que fueran vertidos a nuestra lengua nada menos que el *Ulises* de James Joyce (en la traducción de J. Salas Subirats), *En busca del tiempo perdido* de Proust, y buena parte de las grandes obras de la narrativa norteamericana del siglo (Hemingway, James T. Farrell, otra vez Faulkner, Erskine Caldwell, etcétera).

Hoy la situación vuelve a revertirse. Las grandes editoriales surgidas en esa década fundadora — *Emecé*, *Sudamericana*, *Losada* —, siguen existiendo y publicando, pero cada vez más indefensas en lo referente a la compra de derechos y a la presencia en el mercado internacional, frente al empuje de españoles y mexicanos (e incluso últimamente venezolanos). En una suerte de "división del trabajo" no poco parecida a la que impera en el paraíso de las multinacionales, la industria editora



Naranjo

argentina se ve constreñida, cada vez más, a la fabricación de material perecedero y destinado al consumo inmediato (la inflación y las condiciones políticas y materiales en que se desenvuelve no permiten otra cosa), mientras el papel de "traductor" del nuevo pensamiento y de la nueva literatura que produce el mundo ha pasado a manos de otros centros, encabezados naturalmente por Madrid y Barcelona.

La censura

En esta crisis hay que darle también el lugar que se merece a la censura oficial, proclamada o implícita, y a la autocensura, largamente practicada por las propias empresas. Conviene anticipar una opinión: por más que ejerza un efecto desmoralizador y que constituya una afrenta a la cultura de los lectores argentinos, la importancia de la censura es muchísimo menor, en el desarrollo de nuestra decadencia editorial que la de los factores económicos y la de una falta absoluta de política proteccionista.

La censura que se ejerce en Argentina es errática, contradictoria y descentralizada. No hay organismo alguno que unifique las decisiones tomadas respecto a las publicaciones (como sí existe, por ejemplo, en el Chile de Pinochet), con lo que se fomenta, en el editor, el miedo y la incertidumbre. De paso, las esferas oficiales siempre podrán argumentar que no existe ninguna oficina que practique la censura previa. Los libros de edición extranjera, por ejemplo, pueden ser secuestrados en la aduana, lo cual al fin y al cabo es una regla de juego que rige para todos los productos importados. Una vez que entran al país y pasan a ser exhibidos en las librerías, su suerte ya está equiparada a la de los libros editados en el país. Puede ocurrir, por ejemplo, que la Dirección de Correos prohíba su circulación postal; o que, yendo un poco más allá en la escalada, los respectivos Municipios restrinjan su exhibición, o que directamente la impidan dentro de su jurisdicción (con lo que libros prohibidos en Mendoza y Córdoba, por ejemplo, pueden adquirirse en Buenos Aires); o que, por fin, en la medida más drástica, el Ministerio del Interior vede su circulación en todo el país. Las resoluciones se suelen tomar en base a informes proporcionados por funcionarios de menor jerarquía, que realizan sus módicas tareas de inteligencia migratoria por las librerías.

Salvo casos muy espectaculares, debidos ante todo a la ignorancia y los prejuicios de los censores, como el de la prohibición de *La tía Julia y el escribidor* de Mario Vargas Llosa, no



Fontanarrosa

puede decirse que la censura haya estado demasiado activa en el campo editorial. La cantidad de libros prohibidos es, en realidad, muy pequeña si se la compara con los que pueden circular libremente. Las dos causas principales del secuestro siguen siendo, por supuesto, el marxismo y la obscenidad, pero aun así basta recorrer los estantes y las mesas de las librerías para comprobar que el sistema no es demasiado rígido. En verdad, la censura de libros no puede ni de lejos compararse con la que se ha ejercido en el ámbito de un arte masivo, el cine: en este último caso sí se puede afirmar que el espectador argentino se ha visto sometido a una cuarentena extrema y ridícula, que debe tener pocos parangones en el mundo (salvo en los regímenes totalitarios), hasta el punto de que en otras ciudades del cono Sur, como Santiago de Chile, Montevideo y Punta del Este, también regidas por gobierno militares, pueden verse películas que están prohibidas en Buenos Aires.

La censura ejercida por los diferentes gobiernos — todos la cultivan, de una u otra manera — no alcanza a justificar la degradación de la autocensura, fundada en el miedo y la pereza intelectual, ni ha podido impedir nunca que el pensamiento creador encuentre sus canales de expresión, obvios o secretos. La policía de los Romanov no pudo acallar a Pushkin, Gógol, Tolstoi y Chéjov; y hoy el *samizdat*, en la Unión Soviética, sigue hablando acerca de aquello que la prensa y los editores oficiales deben silenciar. Durante el franquismo, en España la actividad literaria y editorial prosiguió infatigablemente, a pesar de todos los recortes e inhibiciones.

Lo inquietante, para editores y escritores, no es la casi inevitable existencia de la censura, sino su índole difusa e irregular, no sujeta a leyes estrictas ni a organismos centralizados, que siembra la desconfianza y el escepticismo respecto a qué se puede y qué no se puede publicar. Y peor, mucho peor que la censura, es el crecimiento de un espacio de mediocridad e indiferencia alentado por los medios masivos, la consolidación de un área en que se rechaza y disimula la realidad cotidiana. En esta estrategia del olvido, no es quizá tan culpable la acción psicológica oficial, natural y explicable desde la perspectiva de quien la ejecuta, como una suerte de adormecimiento colectivo que sólo recientemente parece empezar a sacudirse. Como siempre, el mejor método para comprender la crisis es preguntarnos acerca de nuestra propia responsabilidad en ella.

Escritores y lectores

La literatura argentina pasa por un periodo difícil y no demasiado productivo (sobre todo, si se lo compara con las breves etapas de ilusión democrática y progresista que siguieron a 1955, y que se repitieron a mediados de la década de 1960), pero sería injusto decir que se asiste a un momento de total oscurecimiento e inacción. Según los géneros de que se trate, el juicio ha de variar. Debido a circunstancias obvias, el ensayo, la reflexión acerca del país, el ejercicio de la inteligencia, han sido los más castigados. No puedo recordar, una sola obra de autor argentino que, durante los últimos años, haya hecho un aporte valiente y original en el campo de la filosofía, de la sociología, de la interpretación nacional o, sencillamente, del ensayo o la crítica literarios. A cambio de esto hemos tenido buen número de libros y opúsculos en que se reivindica, confusamente, el irracionalismo, la restauración política o el apolitismo, el antiprogresismo desaforado o el fracaso (desgraciadamente real) de las utopías. La tácita ideología oficial, articulada en el conservadurismo autoritario y en la repulsa de las filosofías transformadoras, creó un bien defendido invernadero para sus amigos (basta leer no sólo algunos semanarios de actualidades, sino también las revistas universitarias y ciertos suplementos dominicales, que prefieren dedicarse a la mitología indú y a la patristica antes que a los problemas argentinos), al mismo tiempo que eliminaba de los medios masivos y de las cátedras a sus adversarios.

Lo que ocurre en la narrativa y la poesía, es decir, en lo que es la literatura de creación por excelencia, es bien distinto. Sólo dedicaremos aquí unas líneas a las figuras más conocidas, a los escritores que por su edad, prestigio o popularidad ocupan un lugar público indiscutido. Jorge Luis Borges, santificado como el escritor por antonomasia, convertido en artículo de consumo por los medios masivos, no ha publicado en los últimos años, nada que incremente el patrimonio literario del autor de *Ficciones* o *El Aleph*. Manuel Mujica Láinez, cuyos recuerdos y chascarrillos los argentinos pueden frecuentar a menudo en la televisión y las revistas de actualidades, se ha profesionalizado hasta el punto de publicar cada año o cada dos una novela, que se vende bien, aunque su calidad esté muy lejos de *Aquí vivieron* o *La casa*. Julio Cortázar, exilado desde hace tres décadas y semiproscrito a causa de sus gestos políticos, aparece muy contadas veces en diarios o revistas. Y Ernesto Sábato, aunque no publica narrativa desde *Abaddón, el exterminador*, se mantiene muy presente en la atención de sus lectores, sobre todo por gran número de entrevistas y declaraciones públicas, en que ha defendido la libertad de expresión y las virtudes de la democracia, en tanto condenaba los excesos del poder y la violencia. Están presentes también, a través de libros y artículos, nombres como los de Marta Lynch, Beatriz Guido, Siria Poletti, Marco Denevi; y a veces uno echa de menos — aunque no hayan dejado de publicar — nuevos libros de Roger Plá, Elvira Orphée, Arturo Cerretani. Leemos, cuando podemos y cuando nos llegan, nuevas obras de escritores exilados; pero es forzoso decir que poco de lo que hemos frecuentado de esta producción, nos ha parecido de alto nivel. Por otra parte, los únicos que

podrían opinar autorizadamente acerca de estas obras serían los lectores argentinos; y a ellos, por desgracia, les están sustraídas.

En lo que respecta a los narradores jóvenes, sin duda el mayor éxito ha sido *Flores robadas en los jardines de Quilmes* de Jorge Asís, que al presente lleva vendidas cinco ediciones con 30 000 ejemplares. Esta novela insolente, prepotente y escéptica, que recoge la inevitable disolución de valores de los años recientes, no es quizá lo mejor de Asís (preferimos *Don Abdel Zalim* y *Los Reventados*); su estructura es débil y su tono a menudo autocomplaciente; pero su enorme mérito reside en haber hablado, en tiempos de silencio y disimulos, de la realidad del país (de Buenos Aires) con su propia jerga. También hay que mencionar, en los últimos años, a dos aparentes novelas policíacas que, cada una a su manera, constituyen metáforas sobre nuestra sociedad: *Su turno para morir* de Alberto Laiseca, y *Ultimos días de la víctima* de José Pablo Feinman; a una novela de tono experimental que representa una interesante y no desdeñable aventura expresiva: *Copyright* de Juan Carlos Martini Real; a una excelente antología de cuentos: *Dublin al Sur*, de Isidoro Blaistein; a una novela que con sugerente habilidad reconstruye — imaginariamente — una reunión de la aristocracia porteña del siglo pasado: *El baile de los guerreros* de Ernesto Shóo; a un texto narrativo (no es necesario llamarlo novela) que superpone, con áspera belleza, la relación de un padre con su hija y el reciente drama argentino: *Persona* de Nira Etchenique; y finalmente a una ambiciosa novela de Ricardo Piglia, *Respiración artificial*, rica en brillantes y agudas páginas que comentan la historia y la literatura argentina, pero que se frustra debido a su composición confusa y a la falta de integración de sus niveles narrativos (flojos) y ensayístico-discursivos (vigorosos). Todavía hay que mencionar, entre los autores de libros recientes, los nombres de Eduardo Belgrano Rawson, Osvaldo Seiguerman, Jorge Manzur, Ana María Shua y Alberto Lagunas. De los narradores argentinos residentes en el exterior, hay que destacar ante todo a Juan José Saer. Por último, dos novelas inéditas que he podido leer en su manuscrito, escritas respectivamente por Alicia Steinberg y Pablo Urbanyi, y que serán sin duda aportes originales a la nueva literatura argentina.

Si la narrativa está viva, lo mismo puede decirse, y con más razón, de la poesía. Y no se trata ya de hablar de la obra, vigente y activa, de poetas consagrados como Roberto Juarroz, Alberto Girri, Olga Orozco, Enrique Molina, ni de referirse a la notable obra de poetas "intermedios" como Joaquín Giannuzzi, Mario Morales, Raúl Vera Ocampo o Héctor Miguel Angeli; ni siquiera es necesario mencionar la persistente, múltiple y talentosa producción de María Elena Walsh, que

últimamente ha denunciado, en una serie de valientes artículos, muchos de los males concretos que aquejan a la comunidad nacional. Lo que felizmente llama la atención, y debe subrayarse, es la floración de grupos de poetas jóvenes, con sus revistas y órganos de expresión, que han encontrado en la ascética moral de la palabra, y sin recurrir a inútiles fugas de la realidad, un procedimiento existencial para empezar a superar los fracasos, la irracionalidad y la ciega violencia de los años que están pasando. Sólo unos pocos nombres: Guillermo Boido, Santiago Kovadloff, Jorge Ricardo, Irene Gruss, María Julia de Ruschi Crespo, Víctor Redondo, Daniel Freidemberg, Rafael Felipe Oteriño.

¿Y cómo se organiza el espacio de difusión, de legitimidad social, que esta nueva literatura requiere? No hay que buscarlo, por cierto, en los suplementos de los diarios tradicionales (que sin embargo continúan desempeñando su función informativa con relativa eficacia); ni tampoco en las revistas de actualidades que, a diferencia de lo que ocurría en tiempos de *Primera Plana* y *Confirmado*, dedican muy poco espacio a la actividad cultural y compiten, casi sin excepción, en sensacionalismo y chabacanería; ni siquiera en las cátedras universitarias, consagradas a la nostalgia y al pasado. Son las pequeñas revistas, las modestas hojas de poesía, los seminarios y las reuniones de estudio privados, los que, conservando su independencia y su proyección al futuro, permiten otorgar todavía, en esta época de crisis, un crédito de porvenir a la literatura y a la cultura argentinas.

Balance

En el momento en que estas líneas aparezcan en México, en Buenos Aires se estará celebrando una nueva edición de la Feria Internacional del Libro, y la Argentina contemplará, con una mezcla de preocupación y moderada esperanza, los primeros días del gobierno del general Roberto Viola.

La industria editorial y la actividad literaria no están desarraigadas de la vida global de la sociedad a la que pertenecen: por eso sus expectativas son las mismas que las del resto de la comunidad. Sus reclamos son bien conocidos y se han reiterado a lo largo de los años: reglamentación de una Ley de Libro que proteja a la industria local frente a la avasallante competencia extranjera; levantamiento de una censura injusta y retrógrada, o al menos establecimiento de reglas de juego claras e igualitarias; creación de un espacio de libre discusión y pluralidad en el que puedan florecer todas las tendencias y todas las opiniones.

A mitad de camino entre el autoritarismo regresivo y el revolucionarismo estéril, la inmensa mayoría de los argentinos quisiera, para sí, ese doble camino, esa combinación de logros que, por desgracia, muy pocas sociedades de la perife-



ria han podido alcanzar simultáneamente: un régimen democrático, una economía estable e integrada. Mientras pugna por conseguirlo — la ruta será larga y penosa —, será bueno no fracturar aún más las coyunturas de una sociedad malherida, no poner abismos entre los que se fueron y los que se quedaron, sino más bien, empezar a tender lentamente los puentes de la concordia y la cooperación, a través de las únicas estrategias que aún vale la pena probar en estos años de sangre y de dolor: el autoexamen, la reflexión lúcida y compartida, la renuncia al elitismo iluminado, la decisión de vivir con modestia e inteligencia, y la negativa a morir, aunque la muerte fuera heroica y fulgurante.

Buenos Aires, febrero de 1981